

ños que el suyo!—¡Con qué soberbio desden y con cuánta complacencia recordaría á todas horas las repúblicas de *Andorra* y de *San Marino*!—¡Al lado de ellas, el ducado de Módena era el imperio de Alejandro!!!

Después he vagado por las calles, y últimamente he venido á la estacion dando una vuelta en coche por encima de la muralla que ciñe la ciudad.

Esta muralla, como la de Cádiz, sirve de paseo público.

Desde la parte del Sur se goza de una hermosísima vista de la mole azul de los Apeninos...

¡Detrás de ellos está Florencia!...

Partamos.

II.

De Módena á Parma.—Los Farnesio.—Recuerdos de España.—*Correggio*.—Un teatro antiguo y otro moderno.

El ferro-carril de Módena á Parma corre paralelamente con la *via Emilianana*, á lo largo de una fértil llanura cortada á cada paso por impetuóso arroyos y hasta por verdaderos rios, que bajan del Apenino y van en busca del Po á mezclarse con las aguas procedentes de los Alpes.

Primero pasamos el *Secchia*.

Luego nos detenemos algunos minutos delante de *Rubiera*, aldea fortificada, en donde encerraban los *Este* á los grandes reos de Estado.

Un cuarto de hora después hacemos alto á las puertas de *Reggio*, la segunda ciudad del ducado de Módena, rodeada de murallas y defendida por una gran fortaleza.

Reggio encierra 19,000 habitantes.—También tuvo sus tiempos de república independiente y de reino infinitesimal.—Un viaje en ferro-carril al través de tantas antiguas monarquias, se parece en cierto modo al *Viaje de Micromegas*.

Después de salvar otro riachuelo, paramos en la estacion de *S. Ilario*.

No lejos se ve sobre la *via Emilianana* un arco de triunfo, levantado hace dos siglos en celebracion del casamiento de un Farnesio con una Médicis.

En seguida pasamos á la vista de *San Lázaro*, poblacion famosa por su hospital de leproso, y llegamos á las orillas del

Enza, caudaloso torrente, que sirve ó *servia* de frontera á los ducados de Parma y Módena.

En *San Próspero*, primera aldea del Estado de Parma, el pais llega á un indecible grado de fertilidad y hermosura.—El verde manto del Apenino baja hasta aquí, recamado de plata por mil arroyos bullidores, que solo están en actividad durante la primavera y el otoño. El verano los seca y el invierno los petrifica en su cuna.

A lo lejos distingo ya entre el arbolado las cúpulas y campanarios de *Parma*, dorados por el sol.

La ciudad de los Farnesio, asentada en medio de tan amena y dilatada llanura, me parece, mas que una córte de Italia, un inmenso palacio campestre, un *sitio real* perteneciente á la corona de España.

Esto es injusto y egoista... ¿pero quién pone una mordaza á la loca imaginacion?

¡Ha oido uno decir tantas veces que España tiene derechos al estado de Parma! ¡Están tan enlazadas sus historias! ¡Van tan unidos sus nombres!

Así es que mis afectos se sobreponen á mis ideas; y después de haber abominado de la fatal division en que los italianos han vivido hasta ahora, estoy por lamentar la fusion de Parma en Italia.—Ya me acusé el otro día, viendo salir el sol desde una calle de Ferrara, de cierto fanatismo patrio. ¡*Perezcan los principios y sálvense las colonias!* Tal es mi primer grito cuando se trata de la patria...

Sin embargo, esto no pasa de ser una intemperancia del afecto, que la reflexion se apresura á reprobar. Seamos consecuentes con nosotros mismos y con la justicia. Por mas que hayan hecho y pactado algunos poderosos de la tierra, los derechos de un pueblo á reinar en otro son fátuas convenciones que repugnan á la razon.

Los hechos consumados por la fuerza no tienen mas razon de ser que la fuerza misma, y cuando esta cesa, los hechos cesan también, sin que sea dado invocar entonces la autoridad del tiempo. El tiempo no sanciona lo absurdo: antes lo desvirtua constantemente, puesto que acredita la inmortalidad y la impenetrabilidad del derecho. Mil años de violencia pueden ser anulados por un solo día de libertad.

Con que dejemos á Italia ser Italia, y contentémonos nosotros con ser España,—ó por mejor decir, lamentemos el no serlo enteramente.—Olvidemos un poco nuestros derechos *eventuales* á Parma, y acordémonos algo de nuestros derechos eternos á Gibraltar.

Esto no quita para que nos bañemos en el agua de rosas de nuestra historia; para que nos recreemos con nuestro poético pasado; para que nos engriamos de haber tenido unos padres tan poderosos, que no solo pudieron hacer lo justo, sino también su santa voluntad.

La historia especial ó peculiar de Parma principia con la dinastía de los Farnesio, á mediados del siglo XVI.

Pablo III, papa, que en el siglo se llamó Alejandro Farnesio, erigió el ducado de Parma y Plasencia para su hijo Pedro-Luis, habido en un matrimonio secreto que contrajo cuando era seglar.

Pedro-Luis-Farnesio, primer duque de Parma, fue uno de los hombres mas abominables que han aparecido sobre la tierra. Su pueblo le hizo justicia: los nobles le dieron de puñaladas, y la plebe le arrastró por las calles de la ciudad.

Su hijo *Octavio* fue reconocido por Carlos V, quien le dió en matrimonio á su hija la famosa Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos. Octa-

vio reinó en Parma sábia y gloriosamente, durante mas de treinta años, y murió bendecido de sus súbditos.

Alejandro, hijo de Octavio y de Margarita, penetró aun mas en la historia de España.—Este es el famoso *Alejandro Farnesio*, general de los ejércitos de España en tiempo de Felipe II, compañero de don Juan de Austria en Lepanto, su sucesor en el gobierno de Flandes, vencedor de Mauricio de Nassau y de Enrique IV de Francia, y uno de los hombres mas ilustres de aquel siglo de oro de la Europa.

Alejandro no estuvo nunca en sus Estados. Sus descendientes reinaron aquí sin gloria ni fortuna, y ya espiraba la dinastía y eran flojos los antiguos lazos que unian á Parma y á España, cuando Felipe V se casó con la célebre *Isabel Farnesio*, que le llevó en dote este ducado.

Estrechóse, pues, mas y mas el antiguo parentesco entre ambos Estados.—El primer Borbon de España continuaba la obra de Carlos V.

Pero Isabel entendió las cosas de otra manera, y no bien su hijo Carlos entró en la mayor edad, envióle á reinar en Parma.

Este Carlos pasó luego al trono de Nápoles y acabó por ser rey de España con el nombre tan popular de Carlos III.

Un hermano suyo, el infante *D. Felipe*, le reemplazó en la soberanía de Parma.

Hija de este príncipe fue la célebre *María Luisa*, esposa de nuestro buen Carlos IV.—Nuevo lazo entre las dos monarquías.

A *D. Felipe* le heredó su hijo *D. Fernando*, desposeido del ducado de Parma y Plasencia por Napoleón I, que le dió en cambio la Toscana, erigida en *Reino de Etruria*.

Don Fernando protestó contra semejante arreglo y murió sin aceptar el reino de Etruria, aunque iba ganando en el cambio; pero su hijo *don Luis*, casado con una hija de Carlos IV de España (vuelve á remacharse el parentesco), fue menos escrupuloso y admitió la Toscana.

Esta hija de Carlos IV es la famosa *reina de Etruria* que tanto brilló en la corte de Napoleón, por su lujo, su belleza y su carácter, cuando pasó por París con su esposo antes de tomar posesion del improvisado reino.

Muerto don Luis en 1803, la reina de Etruria siguió en el trono, como regente en nombre de su hijo *Carlos*, hasta el año de 1807, en que fue desposeida de nuevo, por haber sido incorporada tambien la Toscana al imperio de Napoleón.—*María Luisa* dirigióse entonces á Francia, en donde compartió el destierro de su padre Carlos IV y de su hermano Fernando VII, victimas como ella de sus debilidades con el emperador.

Entre tanto, el ducado de Parma y Plasencia habia sido hecho tres pequeños principados, en que reinaban Paulina Bonaparte, Cambaceres y Lebrun.

1814 arregló las cosas de otra manera.—El ducado de Parma fue dado á la esposa de Napoleón (prisionero ya en la isla de Elba), para ella y para su hijo el llamado Rey de Roma, y la reina de Etruria recibió el pequeño ducado de Luca para su desheredado hijo *D. Carlos*.

1817 fue mas favorable á los Borbones. En dicho año declaró la Europa que el ducado de Parma volveria á poder de los nuevos señores de Luca, á la muerte de la ex-emperatriz *María Luisa*, lo cual equivalia á despojar de todo patrimonio al rey de Roma.

La ex-emperatriz aceptó: dejó en poder del Austria al hijo del vencedor de Europa vencido en Waterloo: dedicóse á gobernar á Parma en union del conde de Niepperg, general austriaco y su primer ministro, con quien mantenía criminales relaciones: tuvo de él tres hijos, en vida del prisionero de Santa Elena; y no bien murió este, casóse con aquel oscuro soldado, que habia hecho su carrera peleando contra la Francia.

—«¿Qué me mandas, señor, al tiempo de dejarme?» le preguntó á un héroe griego su afligida esposa, en tanto que le ceñía la espada con que iba á rechazar á los enemigos de la patria.

—«Te mando, contestó el héroe, que si muero y vuelves á casarte, elijas un esposo digno de mí, que te haga padre de hijos dignos de entrambos.»

La viuda de Napoleón murió en 1847, y en el mismo año volvió al trono de Parma la dinastía de Borbon, en la persona de *Carlos II*, que cedió el ducado de Luca á la Toscana.

Al año siguiente, Carlos II era arrojado de Parma por la revolucion y abdicaba en su hijo *Fernando-Carlos III*.

Entró este en sus Estados en 1849, donde reinó pacífica y prudentemente, si bien por el régimen absoluto, hasta el año de 1854 en que un jóven, impulsado á lo que se cree por un odio particular, le asesinó en el paseo público, en medio del día, cuando solo contaba el príncipe treinta y un años de edad.

Su viuda, nieta de Carlos X rey de Francia, hermana del pretendido Enrique V, conde de Chambord, es la famosa *Duquesa de Parma*, tan conocida hoy en el mundo político, que ha gobernado aquí hasta el año pasado, en nombre del mayor de sus hijos, Roberto I de Borbon, nacido en 1848.

De esta princesa elogian los mismos italianos las virtudes privadas y la templanza y el acierto con que ha regido á sus súbditos, asegurando que solo altas razones patrióticas (la necesidad de unirse contra el Austria, y el pensamiento de formar un gran reino con tantas flacas monarquías) han podido llevarles á buscar otro gobierno.

En cambio, la duquesa no ha sabido conducirse dignamente en la desgracia, sino que ha hecho lo mismo que los antiguos duques de Parma desposeidos por Napoleón I.—Ha mendigado un trono al César francés; ha reconocido y lisongeado á un poder popular, enemigo nato del derecho divino; ha arrastrado por los suelos las lises de la casa de Borbon.—Esto se llama *no saber morir*. Por odiosos que me sean los enemigos de la libertad y los verdugos de Italia, yo aplaudiré siempre, aunque no sea mas que en nombre de la unidad de accion, del interés dramático y hasta de la dignidad humana, á los vencidos que no se entregan: por ejemplo, al último duque de Módena luchando en Solferino contra Napoleón III y contra la Italia.—¡Siquiera allí habia consecuencia, habia lógica,

habia sinceridad!—Cuando el pueblo ha fallado y condenado, el arrepentimiento de los reyes es tardío, y solo puede contribuir á su mayor mengua. El arrepentimiento debe ser anterior al juicio. Despues de la condenacion, *nulla est redemptio*.—Los Borbones de Italia se han acordado de ser liberales y patriotas cuando ya no era tiempo.—La duquesa de Parma debió conocer que, si no sus errores, los de sus parientes, amigos y aliados, la habian perdido para siempre.—¡Además, que su gobierno era absoluto, y se apoyaba cuando era menester, en las bayonetas austriacas!...

Peró hénos ya en la capital del Ducado.—Digamos rápidamente que la poblacion, el territorio, el presupuesto y el ejército del Estado de Parma y Plasencia eran sobre poco más ó menos iguales que los del de Módena, y entremos en la antigua córte de los Farnesio.

Parma es una hermosa y alegre ciudad, de anchas, rectas y limpias calles, rodeada de muros, llena de antiguos palacios y buenas casas modernas, atravesada de Este á Oeste por la *via Emiliana*, que se convierte aquí, como en Módena, en una especie de *boulevard*, con el nombre de *Strada-Maestra*, y cruzada de Sur á Norte por el rio Parma, sobre el cual hay tres dilatados puentes.

Siguiendo mi costumbre, he tomado un coche en la estacion, el cual no solo me ha traído á la ciudad, sino que me servirá en ella de albergue durante todo el día. En él va mi equipaje: en él escribo: él me llevará á ver todo lo notable que encierra la capital, y él me conducirá á la noche á cualquiera fonda en busca de mesa y cama. Además de esto, el cochero me economiza un *cicerone*.—Creo que no se puede simplificar más un viaje.

Parma está vestida de fiesta como Ferrara, Bolonia y Módena. Por todas partes banderas, músicas, letreros, alegría...—Parece ser que *il Re Galantuomo* y *Garibaldi* vencen todos los días en el Sur de Italia, y que el reino de Nápoles pertenece ya á la historia.

Todas las escelencias históricas y artísticas de Parma hállanse reunidas en un mismo paraje: en el *Palacio Ducal*.

El Palacio Ducal es una reunion de edificios, que comprende la regia morada de los duques, el famoso *Teatro Farnesio*, la *Academia de Bellas Artes*, célebre en toda Europa por las obras maestras de Corregio que aun se ven en ella, los *Archivos*, la *Biblioteca*, el *Museo de antigüedades*, y por último, el vasto y frondoso *Jardín Ducal*, que sirve de paseo público.

Yo me paso, pues, la tarde sin salir de este laberinto de patios, escaleras, galerias y salones, ora buscando las huellas de los principes españoles que aquí han vivido, ora las de la ex-emperatriz, de quien tanto he abominado esta mañana; ya evocando la sombra de la fastuosa reina de Etruria, ya pensando en la duquesa de Parma y en su hijo,—que ayer se sentaban en este trono vacío y empolvado, y hoy vagan por reinos extranjeros, pidiendo hospitalidad á sus correligionarios políticos.

Antes de venir al palacio, he pasado por la catedral, vieja y de estilo lombardo como la de Módena. Las torres y la fachada se hallan todavía por concluir,

y eso que la obra fue principiada en el siglo XII. Aquel templo es, sin embargo, célebre en todo el mundo, por encerrar una de las más grandes maravillas que ha producido el arte;—la cúpula pintada por *Corregio*.



El último rey de Nápoles.

Este inmenso *fresco* representa la *Asuncion de la Virgen*, asunto predilecto de los pintores de Italia. Todos convienen en que el triunfo de María no ha sido imaginado por nadie con tanta inspiracion, con tanto fuego, con tanta gracia como por el maestro parmesano. En cuanto á mí, prefiero su *Asuncion* á todas las que hasta ahora he visto; á la famosísima de Rubens que tenemos en Valladolid, á la de Ticiano, á la de Perugino, á la de Caracci.

Correggio es el verdadero jefe de la escuela lombarda; pero original é inspirado como ninguno, resume en sí las excelencias de otras escuelas. La vista de un cuadro de Rafael le reveló su genio: las obras de Ticiano le descubrieron los secretos del color: en Vinci admiró la gracia de la forma; en Miguel Angel la osadía y el poder del dibujo. El, por su parte, traía en el alma la noción de la luz y de la sombra, la magia del claro-oscuro, la intuición de los esplendores celestes. Con todos estos elementos, aspiró á pintar lo que nadie habia pintado hasta entonces: el color en la luz y el color en la sombra; la luz sobre la luz; las medias tintas de la penumbra; los crepúsculos misteriosos determinados por la distancia. El y Murillo son los únicos que han sabido copiar la luz sobrenatural de la gloria, tal como la percibe el alma en éxtasis. Aquel mismo radioso ambiente en que flotan las *Concepciones* del Rafael andaluz, sirve de fondo á las inspiraciones de Correggio. Tambien se parecen los dos en su afición á pintar niños, y en el amor, la gracia, la inocencia y la hermosura de que los revestian. Pero dicho sea en verdad, Correggio no es tan místico, tan ascético, tan inmaterial como Murillo.—Para deslindar este punto, me bastará con describir la *Asuncion* de que hablábamos antes.

He dicho como pinta Correggio: réstame decir como dibuja. Correggio evita siempre las líneas rectas: sus figuras no están nunca en un término dado: el *escorzo* es su constante empeño. No se contenta con presentar una fase del cuerpo humano, sino el cuerpo entero, visto por todos lados. Yo no podré explicaros como lo consigue, pero lo cierto es que coloca las figuras de tal modo que la mirada gira en torno de ellas, como alrededor de una estatua.

La *Virgen* de la cúpula de la catedral, por ejemplo, va acostada enteramente sobre un lecho de nubes, de cara al cielo. Diríase que está pintada para vista, no desde la tierra, sino desde la gloria; para contemplada desde arriba, no desde abajo.—Desde abajo solo debería verse la nube en que va tendida, ó cuando mas, su túnica flotante y su cabellera de oro.—Pues bien: lo mismo desde el altar mayor que desde lo alto de la cúpula, adonde he subido, se ve toda la figura de María; se ve su cara; se ven sus ojos; se la ve de frente y de espaldas; como si se levantara alejándose de vos, y como si se os acercara al mismo tiempo; como si estuvierais esperándola en el cielo y la vierais subir en vuestra busca.—¡Y qué mirada; qué leve sonrisa la suya! ¡Qué boca entreabierta! ¡Qué ojos, anegados en amor y alegría! ¡Qué fuego en su actitud!... ¡Es la primera vez que estalla el júbilo de la que habia sufrido tanto!—Allá en el éter, en medio de una luz que no es de este mundo, se ve un ejército de arcángeles, de querubines y de santos que sale á recibirla. De los querubines solo se distinguen las inspiradas cabezas entre nubes de ópalo y rosa. Los arcángeles se hallan mas próximos, con las alas estendidas. Entre los santos se destacan los Apóstoles, los amigos de la madre de Jesus.—Los ángeles, esto es, un tropel de niños alegres y graciosos, sostienen á María; empujan la nube que le sirve de carro triunfal; rompen el aire como abriéndole camino... ¡Este es su acompañamiento! ¡Con aquellos inocentes ha hecho el viaje de la tierra al cielo! ¡Y cuán ufa-

nos van ellos con su reina y madre! ¡Con qué entusiasmo y regocijo tocan instrumentos y bailan en derredor suyo, la aplauden palmoteando, la requiebran, levantan por alto inútiles antorchas, queman perfumes, esparcen flores...—Es una explosion de gozo, de caridad, de bienaventuranza, que no tiene rival en la historia del arte.—Hay quien dice que, mas que el místico triunfo, aquella pintura es la *apoteosis* de María.—Tal vez sea cierto, y por eso he establecido yo la comparacion entre Correggio y Murillo.

Con que volvamos al *Palacio Ducal*, y penetremos en la *Academia*, donde el gran pintor de Parma tiene otra obra maestra.

Esta es su famoso lienzo, conocido con el nombre de *San Gerónimo*, llamado así, no porque este santo sea la figura principal del cuadro, sino por lo admirablemente representado que se ve en él al insigne autor de la *Vulgata*.

La figura principal de la composición es la Virgen con el niño Jesus, al cual le besa los pies la Magdalena, mientras que un ángel le muestra un libro abierto y San Gerónimo le contempla con indecible amor.

Este cuadro, radiante de luz y de vida, se llama generalmente *el Dia*, en contraposición á otro que pintó el mismo Correggio, y que fue denominado *la Noche*, por la suprema inteligencia de las *sombras* que en él demostró el artista.

La Noche (ó sea *la Natividad*) se encuentra en el Museo de Dresde.

Como en todos los cuadros de Correggio, lo que mas sorprende en *el Dia* es la silueta de una luz sobre otra luz y de la carne en la carne; el gran movimiento y vida de las figuras; la belleza de las formas... á pesar de ser algo flamencas, y la riqueza y la armonía del color, que parece una descomposición *natural* de los rayos solares.

Esta *Academia* encierra otras obras notabilísimas del mismo autor, entre las cuales merece especial mención la *Madonna della Scodella*, interesante episodio de la Huida á Egipto.

En la *Biblioteca* veo unos magníficos grabados, que se están haciendo ahora, de todas las pinturas de Correggio que hay en Parma, y su hermosísimo fresco, *la Incoronata*, cuidadosamente trasportado á este lugar desde una ruinoso iglesia.

De vuelta en la *Academia*, contemplo el busto de la esposa de Napoleon, esculpido por Cánova; un *Apostolado* de nuestro Ribera, que no vale ni con mucho lo que el que tenemos en Madrid; un *Jesus Nazareno* de Ticiano, y un *Viejo* de Murillo, pálidos vislumbres del genio de estos artistas, y una *Madonna* del inimitable Francia, cuya celestial belleza escede á toda ponderación.

La falta de luz (pues el sol empieza ya á declinar) me obliga á salir de la Academia.

Ninguna hora mas á propósito para visitar el *Teatro-Farnesio*.

El *Teatro-Farnesio*, que como dejo dicho, forma parte del palacio ducal, es el coliseo mas grande del mundo. Fue edificado á principios del siglo XVII, y en él se han dado espectáculos de todos géneros (hasta simulacros de combates

navales) en presencia de muchos reyes y emperadores. Todo el edificio es de madera, así como las estatuas colosales que lo adornan.—Hoy empieza ya á arruinarse tan gigantesca máquina.

¡Y cuán melancólico aspecto ofrece á la consideracion del viajero esta costosa y magnífica obra, levantada para templo del bullicio y la alegría, abandonada ya para siempre, sepultada en el silencio de lo pasado, entristecida por la soledad de las tumbas, como los tiempos y las generaciones que fueron testigos de su grandeza!—Las vacilantes esculturas, las tablas hendidas, los adornos desprestigiados, el anfiteatro que se hunde, todo gesticula y se descompone, como trabajado *por la vida de la muerte*. La vaga y confusa luz de la tarde, penetra dudosamente por las rotas ventanas y apolillados techos, dando una fisonomía fantástica al empolvado y desvencijado edificio, y haciéndole asemejarse á un descomunal esqueleto,—al esqueleto de la antigua Parma.

Cuando dejo el teatro y salgo á la calle, todavía no es de noche.

El cochero me brinda con un paseo por el *Stradone*,—donde á esta hora, dice, se reúnen todos los paseantes de la ciudad,—y yo acepto.

El *Stradone* es una magnífica arboleda, situada al Sur de Parma, entre la *Ciudadela* y el *Jardín botánico*.

En él encuentro solamente cinco ó seis coches cerrados, al través de cuyos cristales percibo algunas encantadoras cabezas.

La tarde está muy fría, pero diáfana y apacible.

Los coches giran aceleradamente alrededor de esta especie de *Bosque de Boloña* ó de *Fuente Castellana*.

El crepúsculo se apaga sobre las cumbres del Apenino, teñidas de color de violeta.

El paseo se va quedando solo...—Ya no hay más coche que el mío.—Esto me pone melancólico.

Hace diez y ocho días que vago de ciudad en ciudad, sin encontrar un español. Hace cuatro días que no resuena en mis oídos la lengua patria. Desde que me despedí del prusiano, no he vuelto á decir *usted*, ni nada de lo que he pensado.—Decididamente estoy muy triste.—Hablar idiomas extranjeros equivale á vestir las ideas de máscara.—No puedo más.

Pero ya es hora de buscar un techo bajo el cual pasar la noche; una luz que sustituya á la que se estingue en el ocaso; una mesa en que hacer la triste y solitaria colación del caminante; un hogar comprado, que mañana prestará su calor á otro peregrino; una cama que desconozco y que desconocerá mis sueños.—No puedo más...

El *Albergo della Croce Bianca*, donde me he alojado, hospeda esta noche á no sé qué general recién llegado de Nápoles.

Una inmensa muchedumbre inunda el patio, las escaleras y los corredores que he atravesado para venir á mi cuarto.

En el patio hay una música militar, que toca himnos y walses en tanto que el general come.

La multitud aplaude los himnos, gritando al mismo tiempo: ¡*Viva Italia!* Algunas mozuelas de buen humor bailan los walses á la puerta del *Albergo*.

Yo como entre tanto en un vasto salón lleno de largas mesas, á las cuales están sentados en dobles filas más de cien parroquianos ó pasajeros, casi todos militares.

Cada uno pide por su cuenta; pero todos comemos lo mismo. La lista de los *albergos* y *trattorias* de esta parte de Italia es muy limitada y siempre igual.—En Pádua, Ferrara y Módena, lo mismo que aquí, el *menu* se compone siempre de *brodo*, *menestra*, *manso*, *cervello*, *formaggio é frutti*, ó sea de caldo, legumbres, buey, sesos, queso (estamos en la tierra de uno muy famoso) y frutas.—El vino de *Reggio* es excelente.

Después de comer voy al *Teatro Nuovo*, que es de primer orden, edificado durante el gobierno de la viuda de Napoleón.

Se representa un drama muy patriótico, titulado:

I CARBONARI *overo* SILVIO PELLICO.

Es una segunda edición del *Daniele Manin* que ví en Milan.

La sala está muy concurrida y bien alumbrada.

París no tiene teatros tan bellos y cómodos como los de estas pequeñas cortes de Italia.

Por lo demás, el mismo entusiasmo, las mismas declamaciones que anoche en Módena...—Estos pobres italianos no saben lo que les pasa.—¡Quiera Dios que tanto patriotismo no se evapore en gritos y en aplausos!

Yo preferiría encontrarlos serios y tranquilos como ví á los piemonteses.—El porvenir de la nueva Italia depende ahora de la virtud, de la cordura, de la abnegación, de la concordia, de la laboriosidad de sus hijos: no de ociosas manifestaciones de entusiasmo y alegría; no de vítores y canciones; no de estériles alardes de liberalismo. Semejantes desahogos están en su lugar la víspera de la batalla y el día de la victoria; pero una vez que han vencido (y de esto hace ya algunos meses), yo creo que están en el caso de trabajar más y divertirse menos; de ayudar al Piemonte en su tarea de unificar y fortalecer la patria común, y de afilar las armas para el día en que los abandone Napoleón III y vuelvan los austriacos á pasar el Po y el Mincio.

Con que vámonos al *albergo*; que mañana hemos de madrugar á fin de coger el tren-correo que sale á las siete para Génova.